

José Jesús de Bustos Tovar

La imbricación de la oralidad en la escritura como técnica del discurso narrativo

1 Discurso y texto

1.1 Un texto no es una suma de oraciones. Un diálogo no es una acumulación de réplicas. En ambos casos se trata de un discurso organizado y es preciso, por tanto, indagar en la función de los elementos que contribuyen a articular ese discurso, en la naturaleza del proceso a que da lugar y en el resultado que se manifiesta en el texto escrito.

La lingüística de la enunciación ha puesto de manifiesto que la construcción de un discurso consiste en la articulación de elementos ideológicos en formas lingüísticas de relación (Benveniste 1966). Es decir, el discurso plasmado en un texto se proyecta superficialmente en un conjunto de oraciones, pero su valor como acto de enunciación no depende sólo de la correcta ordenación sintáctica (a veces, la estructuración se hace contraviniendo esa corrección), sino de la función que desempeñan los elocutores enunciativos y de los elementos de cohesión interna que estos introducen en cada acto de comunicación (Kerbrat-Orecchioni 1980). Entre esos elementos de cohesión interna, gozan de especial importancia, como es bien sabido, la deixis, la anáfora y la modalización del discurso, esto es, el modo en que los enunciadores se hacen presentes en el discurso mismo.

El concepto de discurso se basa, pues, en la interacción de los agentes del discurso con el enunciado y con la situación comunicativa. En este sentido, el contexto es fundamental en la interpretación del discurso (Brown/Yule 1993). Los elementos deícticos insertan "lo enunciado" en un tiempo y en un espacio con referencia a los productores y destinatarios del texto. Son particularmente importantes en el caso del texto narrativo, ya que delimitan el marco en que se hacen presentes los agentes del discurso con referencia a los acontecimientos

narrados, esto es, respecto del mundo exterior que aglutina el significado de la narración.

1.2 Sin embargo, todo texto escrito es un *discurso reproducido*. Ello significa que *la escritura* es una representación convencional y que, por tanto, posee su propia retórica. Dicho de otro modo, si se admite que el diálogo es la forma más natural del lenguaje, aquel se hallaría subyaciendo en toda expresión escrita (Bakhtine 1981), en cuanto que siempre alguien (elocutor) se comunica con otro (alocutor). De este modo, en toda expresión escrita pueden hallarse rasgos de oralidad, pero estimamos que estos existen cuando aparecen en la manifestación superficial del enunciado; así sucede con ciertas marcas gráficas (signos de puntuación, comillas, signos de exclamación, etc.) con las que se quiere 'traducir' valores prosódicos, que son privativos de la expresión oral. Sin embargo, a esa literalidad hay que añadir otros elementos importantes de la oralidad; el signo dialógico que desempeña una función más relevante es la necesaria referencia a los agentes del discurso, que tiene diversas formas gramaticales y léxicas de manifestarse en el enunciado.

2 La producción del discurso oral

Algunos han descrito las diferencias y semejanzas entre *oralidad* y *escritura* en función de la relación existente entre dos formas del discurso. En la medida en que esto fuera cierto, sería necesario indagar inicialmente sobre lo que llamamos oralidad y sobre el modo en que ésta se reproduce en el discurso escrito.

2.1 Admitiremos desde el principio que es necesario distinguir entre transmisión oral y creación o producción oral. La primera participa de ciertos rasgos de la oralidad (Bustos Tovar 1993). Así ocurría en las distintas formas de transmisión oral de textos (cantos líricos, recitación de épica memorizada, lectura en voz alta en los 'estudios' monásticos y escolares, etc.) y así ocurre en la transmisión de cuentos y narraciones tradicionales, en los que la transmisión por la voz no oculta la existencia 'superficial' de una retórica basada esencialmente en fórmulas

fosilizadas, estereotipos, construcciones fijas, etc., que son propias de lo que llamamos lengua escrita, hasta el punto de que pueden adquirir valor simbólico en cuanto signos pertenecientes a un sistema de referencias, lo cual es objeto de estudio de la antropología social y cultural.

Los elementos de la oralidad se encuentran asimismo en ciertos actos de comunicación de base escrita que son transmitidos por los actuales medios audiovisuales. Si la transmisión radiofónica requiere un uso especial de los elementos prosódicos para establecer eficazmente la relación entre emisor y receptor, la conversación que se establece a través de la televisión se ayuda de elementos gestuales y de imagen que son propios de la técnica de este canal de transmisión. Por eso se puede hablar de un lenguaje radiofónico, televisivo y cinematográfico, que participa sólo parcialmente de los rasgos propios de la oralidad.

2.2 Es conveniente determinar cuáles son las condiciones de producción (no de transmisión) de un acto de comunicación oral, a fin de analizar posteriormente de qué modo estas condiciones existen en el discurso reproducido. Esas condiciones son heterogéneas:

a) Emisor y receptor presentes y activos. Requiere la presencia de los interlocutores y la existencia de réplicas. Es la situación normal en el diálogo. Las marcas situacionales proceden tanto del emisor como del receptor, que intercambian sus funciones, de tal modo que ambos actúan en un marco de igualdad comunicativa. El rasgo más relevante es la mutua interdependencia de los elocutores, de tal modo que la acción de uno implica la del otro. Ello no significa que el enunciado esté construido forzosamente sobre réplicas, sino que los agentes del discurso son productores de estímulos comunicativos que se plasman en las formas del enunciado.

b) Emisor y receptor activos, pero no en presencia mutua. En este caso, el enunciado deberá generar formas sustitutorias de los signos gestuales. La oralidad pierde una de sus características en beneficio de determinados sustitutos funcionales. Así ocurre en la conversación telefónica y en determinadas formas de la técnica narrativa, como citaré más adelante.

c) Emisor activo y receptor pasivo, ausente o no actuante en el acto de comunicación. La elocución se convierte en un monólogo, en el que el elocutor puede hacer presente o no al alocutor en el enunciado. Esto

puede ocurrir no sólo utilizando signos deícticos, sino mediante la asunción del papel que corresponde al alocutor, empleando determinado tipo de vocabulario y de fraseología que cumple la función de trasladar la voz de uno a otro agente del discurso. El elocutor es uno sólo pero las voces son varias.

d) Emisor activo y receptor presente pero pasivo. Es la situación propia del discurso oratorio, en el que suponemos un elocutor activo que manifiesta por signos verbales y no verbales el grado de participación que concede al receptor. Esta situación es también la que aparece en determinados actos de habla en los que el alocutor no participa ni se espera (e incluso se rechaza) su participación; así ocurre en expresiones imprecatorias, construcciones de mandato y de deseo, invocaciones, etc. en las que aparecen ciertos signos fáticos, imprescindibles para dar coherencia al discurso.

Cada una de estas situaciones comunicativas genera determinados signos que le son específicos. Entre ellos se encuentran los llamados *marcadores del discurso*, ciertas formas de organización de la oración y del párrafo y determinados valores semánticos derivados de la connotación discursiva. Me referiré, por tanto, a la oralidad desde este punto de vista (lingüística de la enunciación).

3 Los rasgos orales del discurso directo

3.1 Habrá de tenerse en cuenta la relación existente entre los interlocutores en función de la naturaleza de cada uno de ellos (hombre/mujer; condición social o profesional del elocutor; etc.), así como el grado de "complicidad" existente entre ellos, que es, en realidad, lo que hace posible que el diálogo adquiera plena coherencia discursiva. Así, por ejemplo, en *La colmena* de Camilo José Cela (*texto 1*), se produce un diálogo en el que, aparte de rasgos generales orales (transcripción gráfica de la entonación y de las pausas, uso de formas apelativas, etc.), el discurso directo manifiesta en el enunciado la presencia de rasgos conversacionales propios de la comunicación infantil. Algunos de ellos son específicamente lingüísticos (diminutivos como *mami*, *hijito*, etc.) y otros son de naturaleza pragmática, ya que el registro coloquial no conviene a la edad señalada para los actantes del discurso. Ello genera

un contraste entre lo efectivamente enunciado y lo interpretado en el plano superior de la enunciación, que es el relato. De ahí surge la significación irónica del fragmento. La imitación dialogal de la oralidad se pone al servicio de la ironía narrativa. El discurso directo desempeña una función narrativa que no consiste sólo, ni principalmente, en la representación objetiva de la realidad, sino en la interpretación del modo de ser del personaje. Ello es posible no sólo por la coherencia interna del diálogo, en el que los actantes adoptan un tipo de discurso que *no conviene* a su realidad sustancial (madre e hijo adulto) sino a aquella que surge en virtud de la *complicidad* que el narrador establece con el lector en el plano superior de la enunciación, que es el del relato, y que permite a éste trasladar en clave de ironía maliciosa la transcripción discursiva antes citada. Adviértase, además, que el diálogo está construido sobre fórmulas fosilizadas que configuran un verdadero estereotipo discursivo, correspondiente a una situación convencionalizada culturalmente (*tápate, dame un beso, reza tus oraciones*). El diálogo traslada al lector la polifonía textual (Reyes Morales 1984) porque posee diversos niveles de interpretación significativa.

Nótese que en la comunicación oral la ironía se manifiesta, además, por medio de signos paraverbales (entonación, énfasis, retintín, visajes, etc.). Al trasladarse ésta al discurso reproducido sin recurrir a glosas modales de enunciación (es decir, a enunciados explícitos), es necesaria la *complicidad* entre los agentes del discurso pertenecientes al plano superior de la enunciación. La ironía consiste, ante todo, en producir valores contradictorios sin romper la coherencia del enunciado (Maingueneau 1987). No se trata tanto de una *antífrasis* (Ducrot 1986), sino de una doble enunciación, ya que existen dos planos de interpretación. Como se ha dicho (Pendones 1992), la ironía busca la ambigüedad del discurso reproducido. Esta ambigüedad nos traslada, en este caso, al plano de la oralidad por el tipo de diálogo producido, y al plano de la enunciación narrativa por la intención que el narrador traslada al lector. Por eso, el enunciado irónico más eficaz es aquel que carece de marcas explícitas y en el que el componente pragmático permite desambiguar el mensaje. Así ocurre en el texto citado más arriba.

Todo ello demuestra, a mi juicio, que es falsa la idea de que en el discurso directo el narrador no interviene en el enunciado. Es cierto que en la técnica narrativa objetivista (tal como aparece, por ejemplo,

en *El Jarama* de Rafael Sánchez Ferlosio y en *Entre visillos* de Carmen Martín Gaité) se pretende tal cosa, es decir, reconstruir en el discurso reproducido la situación de comunicación 'real', pero no lo es menos que esta técnica se muestra menos eficaz que aquella en la que el narrador combina diversos planos de enunciación, como hace, por ejemplo, Camilo José Cela en *La colmena*.

3.2 Al insertarse en el texto como eje organizador de la narración, el discurso directo deja de ser mera traslación de la oralidad, ya que sus niveles de significación se integran en un marco de comunicación más amplio (Maldonado 1991). En realidad, el discurso directo responde casi siempre a una transcripción dialogal de 'lo escrito'. Para que 'lo oral' sea el núcleo de la significación, el narrador posee mecanismos de varia naturaleza. El más inmediato es el uso de los llamados 'verbos de comunicación' (*decir, hablar, exclamar*, etc.), que permiten "traducir" la oralidad sin que ésta se manifieste en el enunciado dialogal.

Es cierto que en el discurso directo 'se hace hablar a otro', pero siempre con niveles de significación más complejos de lo que es la mera traslación fónica a la escritura. Por eso, el narrador dispone de diversos mecanismos introductorios. En primer lugar, una gran variedad de verbos de comunicación; unos son meramente anunciativos (*decir, preguntar, replicar*, etc.); otros añaden valores semánticos y pragmáticos (*murmurar, susurrar, bisbisear, exclamar, gritar*, etc.). En ocasiones, van acompañados de complementos que añaden notas significativas respecto del grado de oralidad. Así ocurre en *Nuevas amistades* de Juan García Hortelano (texto 2), en el que se subrayan estos signos funcionales de la oralidad:

- 1) Leopoldo *explayó una carcajada sardónica*:
- 2) Pedro *manoteó ásperamente frente a su rostro*.
- 3) El sarcasmo *levantó a Pedro una nerviosa irascibilidad*:

Parece evidente que los elementos fraseológicos *subrayados* no tienen una mera función descriptiva sino que trasladan elementos de la oralidad que corresponden a las frases en estilo directo. El primero porque proporciona el sentido de la réplica; el segundo describe una gestualización que corresponde, en realidad, a un cierto tipo de entonación; el tercero, en fin, manifiesta la actitud enunciativa del elocutor.

3.3 Otro tipo de signos son los llamados 'marcadores conversacionales', que señalan la continuidad de la relación establecida entre los interlocutores. En este sentido, actúan como indicadores de la cohesión dialogal. En efecto, como ha indicado Oswald Ducrot (1980), la lengua ha establecido formas específicas para el encuentro entre los interlocutores. Unos son identificadores tanto del *yo* como del *tú* y sirven para señalar su situación respecto de lo dicho en el enunciado; algunos de ellos son meros conectores de la secuencia dialogal y pueden poseer valores diversos: indicar la iniciación del diálogo con significación fática (*oye, diga, buenos días, a la paz de Dios*, etc.), señalar la relación con el otro (formas de tratamiento), llamadas de atención más o menos enérgicas (fórmulas interjectivas), imperativos de percepción inmediata, etc. Habría que describir los signos lingüísticos que desempeñan estas funciones y otros equivalentes. Me limitaré a señalar que, además de las indicadas, poseen este valor ciertos signos lingüísticos que adquieren función ilativa en virtud del contexto dialogal en el que se insertan y, asimismo, otros que lo adquieren por la existencia de ciertas condiciones pragmáticas que no se hallan explícitas en el enunciado.

En un texto de Ignacio Aldecoa (*texto 3*), el diálogo se introduce mediante un verbo "dicendi", lo que supone un esquema tonal interrogativo que ya posee sus signos de transcripción gráfica y que, por tanto, es redundante. La estructura conversacional se liga mediante marcadores del discurso. *Mira* tiene una significación fática pero, al mismo tiempo, sirve a la técnica del discurso para subrayar enfáticamente el tono sentencioso que adquiere la declaración que sigue: *la familia, cuanto más lejos, mejor*. Inmediatamente sigue el vocativo *mujer*, asimismo con significación fática, pero también reforzador de la construcción adversativa que sigue *pero de vez en cuando ...*, que remite a un contexto pragmático explícito en el diálogo y que corresponde a la actitud discrepante que mantienen los dos interlocutores. Los puntos suspensivos rompen la estructura oracional para dar paso al imperativo *déjalos* que, por serlo, incluye la referencia al *tú* dialógico. Los signos de cohesión se repiten: *ya viste ...*, con una referencia a elementos extratextuales que pertenecen al universo conocido de los interlocutores pero no al de la relación narrador-lector. El diálogo, en su nimiedad temática, está perfectamente construido gracias a la cohesión que le proporcionan los elementos de la oralidad que se introducen en el acto de enunciación.

Adviértase, por fin, que todo él, en su globalidad, desempeña una función narrativa, no oral, que se halla anticipada por el narrador: *Entre cucharada y cucharada la conversación deviene trascendente*. Es obvio que, en este caso, la ironía se basa en la contradicción existente entre lo enunciado explícitamente (conversación trascendente) y la complicidad que el narrador establece con el lector respecto de la valoración que, en este sentido, puede hacerse del contenido del diálogo, de donde resulta la función narrativa que éste desempeña como medio de caracterización de los personajes y de su interés por el mundo que los rodea.

3.4 En ocasiones, el discurso directo puede presentar una estructura dialógica aparente, encubriendo una acción puramente monologal. Esta situación equivale a la del emisor activo y receptor presente o ausente pero inactivo. Así ocurre en *La colmena* (texto 4). El enlace textual y *vosotros, a ver si os alegráis* denota la pasividad del interlocutor. No existe un verdadero diálogo, aunque sí abundantes apelaciones e interrogaciones dirigidas a interlocutores presentes que no poseen voz en la enunciación. En realidad, se trata de un monólogo que necesitaría, para funcionar como tal, de signos tonales y gestuales, no explícitos en el enunciado, que el receptor supone mediante una reconstrucción de la situación en la que el discurso adquiere su sentido. Lo relevante no es tanto que existan signos de oralidad en el enunciado (interrogaciones, interjecciones, rupturas sintácticas, etc.), sino que la situación narrativa pueda ser interpretada desde el ángulo de su manifestación oral, es decir, que permita ser recreada oralmente. En realidad, se trata de un discurso dirigido no a los interlocutores del enunciado (*Los camareros, como quien oye llover ...*), sino al lector.

3.5 También cumplen función narrativa ciertas formas sincopadas del diálogo. En ellas no se trata de omitir la voz del interlocutor, sino de hacer significativa su ausencia en el enunciado. El caso más extremo se halla en la reproducción de una conversación telefónica con un solo enunciadore. En otro fragmento de *La colmena* (texto 5), se advierte la precisión con que se describen los elementos de iniciación (verbo de comunicación *hablar* + complementos nominales y adjetivales fuertemente connotados). En el plano gráfico, los signos de puntuación y las

exclamaciones "traducen" fielmente los rasgos orales de la conversación. No faltan las fórmulas de iniciación estereotipadas (*¿Eres tú?*) que, en este caso, aparece sólo con la finalidad de reconocer la voz al otro lado del hilo telefónico. La estructura sintáctica del enunciado sólo puede explicarse por la existencia de ciertas presuposiciones pragmáticas derivadas del contenido semántico de las réplicas (*descarado, más que descarado ...*), de las formas de salutación (*Adiós, chato ..., adiós, pichón ...*), que corresponden a un tipo de registro coloquial fácilmente identificable para el lector.

3.6 Un rasgo notable de la oralidad es la tendencia a no hacer explícito lo que es innecesario para la eficacia comunicativa. Para ello se cuenta, entre otros recursos, con la gestualización. Esto significa que en la narración "lo escrito" debe sustituir por otros medios tales significados. Entre los mecanismos verbales disponibles se encuentran la suspensión (no sólo sintáctica, sino también pragmática), la introducción de un alocutor desconocido, la desviación temática del discurso, los anacolutos y las transgresiones gramaticales, la deixis innecesaria, etc. De este modo, en *La gagnápira* de Andrés Berlanga (*texto 6*), la oralidad se halla presente no sólo en la articulación del discurso en estilo directo (*aquí, mi señora*), sino en la relación irónica entre la introducción narrativa (*sus buenos modales llegaban al extremo de saludar ...*) y el tipo de presentación, que pertenece a un registro coloquial y vulgar exclusivamente.

3.7 La presencia de diversos enunciadores y de diferentes niveles de elocutores en un mismo enunciado es la causa de que aparezca lo que se ha llamado *polifonía discursiva* (Ducrot), o *polifonía textual* (Reyes Morales 1984). Esto hace necesario atribuir los rasgos de la oralidad a uno u otro elocutor y a uno u otro nivel de elocutores, lo que da lugar a formas específicas de la técnica narrativa. En otro fragmento de *La gagnápira* (*texto 7*) se advierte que, en ocasiones, existen enunciadores sin voz propia, pero que manifiestan rasgos de oralidad relevantes.

La frase subrayada en el texto (*¡más quisieran en la capital!*) lleva un signo directo de oralidad (signos de admiración), pero tan importante como señalar ese rasgo de la oralidad lo es atribuir sujeto enunciador

a esa expresión. La frase aparece como un comentario o glosa, que corresponde tanto al enunciador-narrador como al enunciador-personaje.

3.8 Otro rasgo enunciativo de la oralidad es el distanciamiento o proximidad que el elocutor adopta respecto de lo enunciado. Ello se traduce en significados diversos: enfático, despectivo, apreciativo, etc. Este fenómeno ya fue estudiado por Amado Alonso respecto del valor de los diminutivos en español. Pero también existen otros signos; por ejemplo, la sustitución coloquial del pronombre personal de segunda y de tercera persona por los demostrativos *este* y *ese*, que sirve para marcar una actitud de desprecio o menosvaloración de la persona nombrada. El deíctico es también aplicable a objetos.

4 La oralidad en el discurso indirecto

4.1 En el discurso indirecto 'lo oral' se reproduce por medio de una interpretación semántica. Se trata, como han dicho algunos (Authier Revuz 1978), de una paráfrasis en la que el enunciador principal (narrador) traduce las formas privativas de la oralidad (el diálogo) en formas propias de la comunicación escrita. 'Lo oral' desaparece como forma de organización del discurso, aunque pueden quedar huellas lingüísticas de la existencia de un discurso oral subyacente. Estos testimonios son preferentemente de naturaleza léxico-semántica y sintáctica. Con frecuencia, el texto es una completa paráfrasis de una enunciación en la que no quedan testimonios de la oralidad; el autor-enunciador absorbe las voces de los elocutores. Sin embargo, en ocasiones (*texto 8*) el discurso indirecto está más cerca de la lengua oral, porque el narrador utiliza un vocabulario y una fraseología que no le corresponden a él sino a sus personajes.

4.2 En algún momento, la narración se desliza hacia el *discurso indirecto libre*. En efecto, éste se caracteriza por un desplazamiento de la voz enunciativa del autor al personaje. En el último texto citado queda abierto este desplazamiento cuando se dice *Doña Isabel sabe que ella es de otra clase, de otra manera de ser distinta, por lo menos*. Aquí la enun-

ciación se ha desplazado del autor al personaje; en el enunciado, la voz pertenece al narrador; en la enunciación corresponde al personaje.

Normalmente, el DIL está marcado por determinados signos lingüísticos: omisión de verbos de enunciación, paso de la primera persona gramatical a la tercera en la misma secuencia oracional, abundancia de exclamaciones e interrogaciones, etc. Todos ellos son rasgos orales que configuran un tipo de discurso reproducido de gran eficacia comunicativa. Sin embargo, a mi juicio, el DIL es la técnica narrativa que está más alejada de la estructura del discurso oral como eje de organización textual, precisamente porque transgrede sistemáticamente la identificación de las voces enunciantoras, buscando la riqueza comunicativa precisamente en la ambigüedad que resulta de este juego constante entre voz del narrador y voz del personaje (*texto 9*).

5 Conclusión

En todos los textos que he citado hasta aquí han aparecido diversos rasgos de oralidad. El discurso reproducido no posee signos suficientes para transcribir íntegramente la oralidad. Así, la entonación genérica se indica por medio de signos gráficos, pero las variedades tonales que corresponden a la actitud de los personajes necesitan de otros signos (verbos de comunicación, entre otros), así como de indicadores pragmáticos que, como tales, van referidos a la relación que existe entre los signos y los agentes del discurso, incluido el lector. Esto es imprescindible, porque 'lo escrito' no puede traducir los infinitos matices de entonación que poseen relevancia significativa y, por tanto, narrativa. Por eso es necesario distinguir 'lo fónico' de 'lo oral' y 'lo gráfico' de 'lo escrito'. Mientras que 'lo gráfico' pretende traducir fielmente 'lo fónico', 'lo escrito' comprende el marco mucho más amplio de la oralidad. Para ello necesita de signos complejos; unos son de carácter verbal (léxicos y sintácticos principalmente); otros son de naturaleza pragmática. Aisladamente, cada uno de ellos traslada con mayor o menor fidelidad niveles de oralidad al discurso reproducido. Así, en una frase como *Juan me ha dicho que ya ha terminado el trabajo, joder* existen varias voces enunciantoras que corresponden a planos diferentes de la oralidad: la frase declarativa se convierte en exhortativa sólo porque

aparece un signo léxico que desvía hacia otra significación la modalidad oracional, convirtiéndola en un acto de habla imprecatorio y haciendo presente al elocutor como agente interesado en el acto de enunciación. Esto tiene que ver con la valoración que los agentes del discurso hacen de determinadas formas de enunciación. Es evidente que, en el ejemplo propuesto, la palabra malsonante adquiere un doble valor enunciativo: uno, que proyecta el énfasis sobre la actitud anímica del emisor; otro, que trata de provocar en el receptor una cierta reacción. En todo caso, sitúa la expresión declarativa en un plano de enunciación que reclama una actitud activa de los interlocutores.

Lo que llevo dicho hasta aquí me hace pensar que la indagación sobre la presencia de la oralidad en los textos escritos (y de modo muy especial entre los de naturaleza narrativa) debe dirigirse no sólo a la localización y descripción de rasgos orales en los planos fónico, léxico y sintáctico, sino también a determinar los grados de oralidad existentes en la escritura y la función que los signos que así lo manifiestan desempeñan dentro del discurso reproducido. Estos signos adquieren su valor por referencia a los agentes del discurso y a la situación comunicativa. Es aquí, por tanto, donde debe situarse el núcleo de la indagación lingüística.

Textos citados

- 1) Camilo José Cela, *La colmena*, Barcelona, Ed. Noguer 43^a ed., 1986, pp. 196 - 197:

-¿Estás bien hijito?

-Muy bien, mami querida.

-Pues hasta mañana, si Dios quiere. Tápate, no te vayas a enfriar. Que descanses.

-Gracias, mamita, igualmente, dame un beso.

-Tómalo, hijo. No te olvides de rezar tus oraciones.

-No, mami. Adiós.

El señor Suárez tiene unos cincuenta años; su madre veinte o veintidós más.

- 2) Juan García Hortelano, *Nuevas amistades*, Barcelona, Seix Barral, 5ª ed., 1967, pp. 86 - 87.

Leopoldo *explayó una carcajada sardónica*:

-No me seas ingenuo, Pedro. La cuestión radica en si nosotros queremos pedirle ayuda.

-No conocemos a nadie — Pedro *manoteó ásperamente ante su rostro* —. Nos creemos el centro de las relaciones sociales porque vamos a tres o cuatro fiestas todos los meses. Pero no conocemos a nadie.

El sarcasmo levantó a Pedro *una nerviosa irascibilidad*:

-¿Por qué no? ¿Crees que en nuestro mundo no hay gente que lo haga?

- 3) Ignacio Aldecoa, *Para los restos*, en: *Cuentos completos*, I, Madrid, Alianza Editorial, 1973, p. 205:

...Don Francisco José toma todas las noches sopa de ajo, que le arregla el vientre y le hace andar como un reloj. Entre cucharada y cucharada la conversación *deviene trascendente*.

-He visto a Segunda con sus hijos- dice doña Engracia.

-¿Y qué?

-Nada, que el mayor acabará la carrera este año.

-Ya era hora. ¡Ese chico!

-Claro, le han consentido tanto. ¡Como su padre no se preocupa, pues ella, la pobre, no puede meterlos en vereda!

... Don Francisco José se pasa la servilleta por los descoloridos labios y pregunta:

-¿Por qué no viene por aquí Segunda?

-Mira: la familia cuanto más lejos, mejor.

-Mujer, pero de vez en cuando ...

-Déjalos. Allá ellos. Ya viste, cuando se murió papá, cómo se descolgaron todos.

-Sí, sí, pero alguna vez no estaría mal que se dieran una vuelta, ¿no te parece?

- 4) *La colmena*, ed. cit., p. 135:

El echador, sin mirar para los ojos de doña Rosa, *habla con un hilo de voz*:

-Dice que cuando tenga ya vendrá a pagar.

Las palabras, al salir de la garganta de doña Rosa, *suenan como el latón*.

-Eso dicen todos y después, para uno que vuelve, cien se largan, y si te he visto no me acuerdo ¡Ni hablar! ¡Cría cuervos y te sacarán los ojos! Dile a Pepe que ya sabe: a la calle con suavidad, y en la acera, dos patadas bien dadas donde se tercie. ¡Pues nos ha merengao!

5) *La colmena*, ed. cit., p. 133:

Por teléfono, el señor Suárez habla en voz baja, atiplada, una voz de lila, un poco redicha. La chaqueta le está algo corta y el pantalón le queda ceñido, como el de un torero.

-¿Eres tú?

-...

-¡Descarado, más que descarado! ¡Eres un carota!

-...

-Sí... sí... Bueno, como quieras.

-...

-Entendido. Bien; descuida, que no faltaré.

-...

-Adiós, chato.

-...

-¡Je, je! ¡Tú siempre con tus cosas! Adiós, pichón; ahora te recojo.

6) Andrés Berlanga, *La gaznápira*, Ed. Noguer, Barcelona, 1984, p. 180:

Se cuenta de quien pudo ser tu marido que sus buenos modales llegan al extremo de haber aprendido a saludar dando la mano con un pasito atrás de presentar a la Cleo con un "aquí, mi señora".

7) Andrés Berlanga, *La gaznápira*, ed. cit., p. 83:

...Del hijo del Alcalde se puede esperar cualquier fanfarronada, no va a ser menos que nadie, ya se ha visto que la boda ha sido de postín, *¡más quisieran en la capital!*, con tres curas y convite generoso, además de un cabrito de balde para los mozos ...

8) *La colmena*, ed. cit., pp. 119 - 120:

...Hay personas a quienes les gusta estar atentas con los que van de luto. Aprovechan para dar consejos o pedir resignación o presencia de ánimo y lo pasan muy bien. Doña Rosa, para consolar a la madre de Paco, le suele decir que, para haberse quedado tonto, más valió que Dios se lo llevara. La madre la miraba con una sonrisa de conformidad y le decía que claro que, bien mirado, tenía razón. La madre de Paco se llama Isabel, doña Isabel Montes, viuda de Sanz. Es una señora aún de cierto buen ver, que lleva una capita algo raída. Tiene aire de ser de buena familia. En el café suelen respetar su silencio y sólo muy de tarde en tarde alguna persona conocida, generalmente una mujer, de vuelta de los lavabos, se apoya en su mesa para preguntarle: ¿qué?, ¿ya se va levantando ese espíritu? Doña Isabel sonríe y no contesta casi nunca; cuando está algo más animada, levanta la cabeza, mira para la amiga y dice: ¡qué guapetona está usted, Fulanita! Lo más frecuente, sin embargo, es no diga nunca nada: un gesto con la mano, al despedirse y en paz. Doña Isabel sabe que ella es de otra clase, de otra manera de ser distinta, por lo menos.

9) *La colmena*, ed. cit., p. 272:

Victorita lleva ya mucho rato llorando y en su cabeza los proyectos se atropellan unos a otros: desde meterse monja hasta echarse a la vida, todo le parece mejor que seguir en su casa. Si su novio pudiera trabajar, le propondría que se escapasen juntos; trabajando los dos, malo sería que no pudiesen reunir lo bastante para comer. Pero su novio, la cosa era bien clara, no estaba nada más que para estarse en la cama todo el día, sin hacer nada y casi sin hablar. ¡También era fatalidad!...

Bibliografía

- Authier Revuz, Jacqueline (1978): "Hétérogénéité(s) énonciative(s)", en: *Language* 73, 98 - 111.
- Bakhtine, Mikhail (1981): *The Dialogic Imagination*, Austin: University of Texas Press.
- Benveniste, Emile (1966): *Essais de linguistique générale*, París: Larousse.
- Brown, Gillian y Yule, George (1993): *Análisis del discurso*, trad. esp. de Silvia Iglesias, Madrid: Visor.

- Bustos Tovar, José Jesús (1993): "L'oralité dans les anciens textes castillans", en: *Le passage à l'écrit des langues romanes*, édité par Maria Selig, Barbara Frank et Jörg Hartmann, Tübinga: Narr, 247 - 262.
- Ducrot, Oswald (1980): "Analyse de textes et linguistique de l'énonciation", en: O. Ducrot et al.: *Les mots du discours*, París: Minuit.
- (1986): *El decir y lo dicho*, trad. esp., Paidós Comunicación.
- Kerbrat-Orecchioni, Catherine (1980): *De l'énonciation. De la subjectivité dans le langage*, París: A. Colin.
- Maingueneau, Dominique (1987): *Nouvelles tendances en analyse du discours*, París: Hachette.
- Maldonado, Concepción (1991): *Discurso directo y discurso indirecto*, Madrid: Taurus Universitaria.
- Pendones, Covadonga (1992): "La heterogeneidad enunciativa. Algunas manifestaciones de la heterogeneidad mostrada", en: *Estudios de Lingüística* 8, 9 - 24 [Universidad de Alicante].
- Reyes Morales, Graciela (1984): *Polifonía textual. La citación en el relato literario*, Madrid: Gredos.